

# Repeticiones y diferencias

## Comentarios y polémicas locales en torno a Michel Foucault

Javier Benyo y Verónica García Viale\*

### I

Desde hace unos quince años, Michel Foucault es el nombre de una plaga que azota los pies de página de las ciencias humanas en la Argentina. Su expansión se produjo de manera lenta, doblando las resistencias institucionales que salían a su paso. Adoptados de manera acrítica, actualmente sus conceptos proliferan en las más diversas disciplinas causando estragos sobre el carácter rupturista del discurso foucaultiano al convertirlo en sentido común dentro de los circuitos universitarios y sus adyacencias. Esta presencia insoslayable de Foucault a la hora de abordar ciertos temas y objetos hace que se haya perdido de vista un ingreso a los ámbitos académicos que no estuvo exento de conflictos y disputas. El crecimiento geométrico de las citas a sus textos es un denso obstáculo que impide desarrollar en un trabajo breve un enfoque que abarque la totalidad de los usos dados a sus conceptos. Razón suficiente, entonces, para restringirse a una serie de textos considerados cruciales por su carácter “pionero” en la difusión del discurso foucaultiano en Argentina ya sea mediante el análisis, la descripción o la crítica. En estos escritos, se presenta un combate de interpretaciones estrechamente vinculado con estrategias de ingreso al campo académico durante el último retorno a la democracia.

Foucault conoció una temprana difusión en Argentina desde principios de los años sesenta. A lo largo de esta década y la siguiente, sus principales libros fueron siendo publicados en castellano con escasa diferencia respecto a su edición original. Esta disponibilidad de sus textos no logró, sin embargo, que su obra fuera considerada un objeto de estudio relevante. Fueron los ámbitos vinculados a la psicología los primeros en prestar atención al trabajo de Foucault. A comienzos de los años setenta, su obra era leída especialmente en el seno de los sectores que rompieron con la Asociación Psicoanalítica de la Argentina. En el marco del grupo Plataforma<sup>1</sup>, Foucault era articulado con los textos de Gilles Deleuze, René Lourau y Robert Castel en la búsqueda de una elucidación de las relaciones de saber y poder en el campo psicoanalítico y los espacios institucionales.

Tiempo después, a principios de la década del ochenta, la Revista Argentina de Psicología dedicó a Foucault un dossier que incluía textos de Hugo Vezzetti y el propio filósofo francés<sup>2</sup>. Es otra vez la problemática referida a lo institucional, el prisma a través del cual va a ser leído el discurso foucaultiano. En esa misma revista, Vezzetti publicó un adelanto de su libro *La locura en la Argentina*<sup>3</sup>. Texto de inequívoca inspiración en la *Historia de la locura en la época clásica y El nacimiento de la clínica*, retoma conceptos pertenecientes también a otros periodos de la teoría foucaultiana. La elección de las formulaciones foucaultianas le permite a Vezzetti eludir el tratamiento del discurso psiquiátrico en términos de ideología para pasar a pensar la “conformación

---

\* Javier Benyo y Verónica García Viale son graduados de la Carrera de Ciencias de la Comunicación de la Universidad de Buenos Aires.

<sup>1</sup> El sector de Plataforma dedicado a estas lecturas, estaba integrado principalmente por Gregorio Barembliitt, Juan Carlos De Brasi, Eduardo Pavlovsky y Osvaldo Saidón

<sup>2</sup> *Revista Argentina de Psicología* n° 26, 1980. Incluye “Locura y delito. La regeneración moral de los argentinos”, de Hugo Vezzetti, y la entrevista “El juego de Michel Foucault”.

<sup>3</sup> Hugo Vezzetti. “Penalidad y moralización. Para una historia de la locura y la psicología en la Argentina”, en *Revista Argentina de Psicología* n° 30, 1980. Hugo Vezzetti. *La locura en la Argentina*. Editorial Paidós, Buenos Aires, 1985.

del dispositivo de la locura”<sup>4</sup>. En la formación de este dispositivo, el discurso psiquiátrico “se configura sobre la base de una mirada que reproduce las formas y los extravíos que cree combatir”.<sup>5</sup> Vezzetti traza un paralelismo entre la centralización de las funciones políticas producto de la creación del Estado argentino y el nacimiento del psiquiatra como funcionario. El nuevo alienista contribuía a la salvaguarda del progreso nacional a través de una labor que tiene como resultado la ampliación de la población económicamente productiva. La aparición de la figura del psiquiatra se vio acompañada con el pasaje de una elaboración de las desviaciones centrada en el concepto de castigo del delito individual a otra que indaga en las poblaciones de acuerdo al criterio de peligrosidad. En una sociedad sometida a un permanente aluvión inmigratorio y a un acelerado proceso de urbanización, el vago cedió al inmigrante su lugar de figura preeminente de la peligrosidad.

La represión generalizada de las actividades culturales por parte de la última dictadura contribuyó a que hubiera apenas unos tímidos acercamientos a la obra de Foucault en las ciencias humanas. En su artículo “José Ingenieros. El alienista, su loco y el delito”<sup>6</sup>, Enrique Marí –que se había encargado de difundir al filósofo francés en ámbitos extra académicos<sup>7</sup>– comparte con Vezzetti el uso de las líneas de investigación planteadas en *Historia de la locura en la época clásica* y ciertas preocupaciones en torno a la formación del discurso psiquiátrico, pero con el énfasis puesto en el papel del discurso jurídico en la constitución de una medicina social preventiva. La preocupación por las relaciones de poder entre el discurso jurídico y el discurso médico ya había sido el motivo de un artículo dedicado a reseñar *Yo, Pierre Rivière...*<sup>8</sup>. En la puja de interpretaciones de las diferentes disciplinas en torno al caso del matricida, Marí no sólo advierte la lucha de poder entre diversos saberes (derecho, medicina, psiquiatría, política) sino que también divisa el funcionamiento característico del discurso jurídico. Carente de homogeneidad semántica por constituirse en un proceso discontinuo de formación-descomposición-recomposición, este discurso entra en relación con otros. En ocasiones, como en el caso de la política, este contacto muchas veces se realiza de un modo subrepticio y negado. De allí, que concluya afirmando: “el discurso jurídico es en gran medida un discurso clandestino”<sup>9</sup>. Marí profundizó estas preocupaciones centradas en la cuestión del discurso jurídico en su libro *La problemática del castigo*<sup>10</sup>, que se convertirá en el primer análisis de extensión importante dedicado a la obra de Foucault.

## II

---

<sup>4</sup> Hugo Vezzetti. *Op. cit.*, página 52.

<sup>5</sup> Hugo Vezzetti. *Op. cit.*, página 89.

<sup>6</sup> Enrique Marí. “José Ingenieros. El alienista, su loco y el delito”, en Revista *Todo es Historia*, de octubre de 1981. Incluido en *Papeles de filosofía*. Editorial Biblos, Buenos Aires, 1993.

<sup>7</sup> Hacia fines de los setenta, Marí dictó, ante un escaso público, una serie de charlas en la Alianza Francesa porteña dedicadas a *Vigilar y castigar*. Véase “Una relación divertida con el conocimiento”, entrevista a Tomás Abraham, en el suplemento “Cultura y Nación” del diario *Clarín*, del 9 de junio de 1994. Según Abraham, “el libro no circulaba en librerías y las lecturas, en grupos, que de él podía hacerse obligaba a tomar los recaudos propios de la época”. Véase también, de Tomás Abraham. “Prólogo” a *El último Foucault*. Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 2003, página 8.

<sup>8</sup> Enrique Marí. “*Moi, Pierre Rivière...* y el mito de la uniformidad semántica de las ciencias jurídicas y sociales”. Publicado originalmente en *Revista de la Facultad de Derecho de la Universidad Complutense*, n° 59, Madrid, 1980. Incluido en *Papeles de filosofía. Op. cit.*

<sup>9</sup> *Ib-idem*.

<sup>10</sup> Enrique Marí. *La problemática del castigo. El discurso de Jeremy Bentham y Michel Foucault*. Librería Hachette, Buenos Aires, 1983.

Tema sensible hacia 1983, época de autoamnistía y otros recursos desesperados de un régimen en caída libre, la cuestión del castigo ocupaba un espacio central en el debate político de aquel momento. En este contexto, Marí se aboca al análisis de las polémicas en torno a las formas en que históricamente había sido pensado el castigo. No faltan en el libro menciones alusivas a las formas de castigo que circulaban en la Argentina. Difícil de encuadrar en los parámetros establecidos por Foucault, los modos de la punición de la dictadura (“reminiscencia de barbarie escondida en la ideología de la ‘seguridad nacional’ y otros eufemismos”) podían ser fácilmente analogados al castigo-suplicio. Pero esta asimilación no podía ser plena puesto que en el caso del castigo-suplicio “el dolor inscribe al cuerpo del supliciado en un ceremonial público en el que la justicia manifiesta su fuerza. (...) Nada de dolores hurtados al oído público ni de cuerpos ‘desaparecidos’ a la mirada”<sup>11</sup>.

Al volver sobre la obra de Bentham, Marí se desmarca de los postulados de Foucault. Lejos de una utilización de las formulaciones del filósofo inglés para enviar un tiro por elevación a la racionalidad occidental, se vuelca hacia una ponderación de los aspectos positivos del reformismo penal decimonónico. Sin obviar los costados más polémicos del proyecto de Bentham, se desliza en el texto que ante la posibilidad de una nueva emergencia de la barbarie que la sociedad argentina había vivido en carne propia recientemente, no eran del todo desechables las ventajas del sistema punitivo benthamita. La divergencia con Foucault se acentúa con la evaluación del panóptico en relación con la consecución de sus objetivos. Si para Foucault la “argucia arquitectónica” de Bentham había logrado imponerse exitosamente, difundiéndose hacia establecimientos con funciones en apariencia tan disímiles como la escuela, la fábrica y el hospital; para Marí, en cambio: “después del panóptico, no prevaleció en las cárceles la disciplina-producción de Bentham, ni la ‘disciplina’ de Foucault, sólo permaneció la única, la vieja disciplina. La prisión permaneció en sombras. El castigo sumió a la sociedad en sus formas sociales y políticas más aberrantes”<sup>12</sup>. Gran utopía del iluminismo, el panóptico en su fracaso atestiguaba la imposibilidad de un proyecto que, preñado de justas intenciones, se proponía la transparencia social total. Una vez verificado el fracaso, no podría haber nada más erróneo que adjudicarle a Bentham y al iluminismo las modalidades adoptadas por el desarrollo del castigo en occidente. El prematuro abandono de la implementación del panóptico –abortado, según Marí, mucho antes de que pudiera ensayar sus primeros pasos– indicaba el momento exacto en que la potencia de las Luces comenzaron a menguar.

Esta lectura de Marí que discutía el éxito de la expansión del modelo panóptico, es compartida en ciertos aspectos por los presos que estudiaban en el Centro Universitario de Devoto<sup>13</sup>. La perspectiva de los presidiarios discute con una lectura vulgar sobre la noción foucaultiana de panoptismo, mediante la cual se equipara automáticamente el funcionamiento de la prisión con el de otras instituciones. En un encuentro de homenaje a Michel Foucault, el estudiante del CUD, Mauro Minaglia sostenía: “No podemos igualar la universidad con la cárcel porque si no me gusta la universidad me voy y yo a esa posibilidad no la tengo, aunque me gustaría”<sup>14</sup>.

Con Oscar Terán se inauguran las lecturas canónicas sobre Foucault<sup>15</sup>. En su sintética descripción del discurso foucaultiano, Terán repasa los que se convertirán en los principales tópicos sobre los cuales transitarán numerosos análisis futuros: las diferentes etapas centradas sobre el saber y el poder, la innovación de la concepción productiva del poder y la noción de discurso como

---

<sup>11</sup> *Ib-ídem*, páginas 164-165.

<sup>12</sup> *Idem*, página 202.

<sup>13</sup> El CUD fue fundado en 1985, y funciona en el interior de la Cárcel de Devoto. Entre sus profesores estaba Tomás Abraham que introdujo a sus alumnos a la lectura de Foucault.

<sup>14</sup> María Moreno. “Nada de reformismo: estrategias de poderes locales”, en suplemento “La palabras y las cosas”, del diario *Sur*, del 22 de octubre de 1989. El homenaje se realizó el 30 de junio en el Centro Cultural Rojas y contó con la participación de Tomás Abraham, Horacio González, Diego Zerba, y tres estudiantes del CUD: Sergio Shocklender, Mauro Minaglia y Roberto Sosa.

<sup>15</sup> Oscar Terán. “Presentación de Foucault”, en *El discurso del poder*. Editorial Folios, Buenos Aires, 1984.

acontecimiento. Si sus primeros trabajos permitían encuadrar a Foucault, no sin ciertas dificultades, dentro del estructuralismo, la acentuación de su “desprejuicio teórico” en la etapa genealogista – impregnada de filosofía nietzscheana– provocaba el desconcierto entre quienes querían seguir catalogándolo al interior de aquel paradigma. Como atestiguan varios libros en los que comparte cartel con Levi-Strauss, Barthes y Lacan, Foucault había sido incluido habitualmente como una figura de relieve en la constelación estructuralista<sup>16</sup>. Captar en su especificidad a los trabajos de Foucault implicaba la necesidad de desligarlo de estos autores<sup>17</sup>. Según Terán, el énfasis puesto en la noción de acontecimiento a lo largo de sus trabajos era una prueba suficiente para desvincular a Foucault de la sospecha de mantener algún tipo de complicidad teórica con el estructuralismo. El filósofo francés tenía, entonces, pleno derecho a declarar: “no veo quién puede ser más antiestructuralista que yo”<sup>18</sup>.

Al tratarse de un discurso en fuga de las certezas más arraigadas, no sólo resultaba difícil enmarcar a Foucault en alguno de los espacios teóricos tradicionales (estructuralismo fenomenológico, etc.) sino que su trabajo se escurría entre los límites de diferentes disciplinas. En su proyecto de pensar la discontinuidad, Foucault se movía en “una zona fronteriza entre la filosofía y la historia”<sup>19</sup>. En esta última disciplina, sus libros introducían una ruptura con la concepción hegeliana del tiempo, sustituyéndola por “una temporalidad seriada con ritmos de desarrollo superpuestos”<sup>20</sup>. Quedan atrás las nociones ligadas al progreso lineal, lo originario, la totalidad, y se le otorga a la historia “un uso estrictamente antiplatónico y antihegeliano”. Si, además de Marx y Nietzsche, el pensamiento de Foucault tenía evidentes deudas con Canguilhem, Bachelard y Dumézil, no era este uno de sus rasgos más originales, sino cierta raigambre borgeana rastreable tanto en sus dotes de fino ironista, como en el escepticismo acerca de la existencia de un tiempo uniforme y absoluto. Suerte de alter ego filosófico de Ts’ui Pên (uno de los personajes de “El jardín de los senderos que se bifurcan”), el pensador francés también “creía en infinitas series de tiempos, en una red creciente y vertiginosa de tiempos divergentes, convergentes y paralelos”<sup>21</sup>. Irreductible a ser encasillado como un mero “historiador de los encierros”, Foucault, a través de su producción teórica, se encontraba implicado en “un proceso de búsqueda filosófica donde se diseña una parte del perfil cultural de nuestros días”<sup>22</sup>.

### III

Con la apertura democrática de la universidad en 1984, concluye la etapa de predominio de la circulación extra académica de Foucault y comienzan los conflictivos intentos por hacerlo ingresar en las aulas. Sucede que mucho antes de ser una plaga, el discurso foucaultiano fue el teatro de operaciones sobre el que se desarrollaron unas breves pero enérgicas escaramuzas en el campo académico. La refriega más destacada tuvo como protagonistas, en rincones opuestos, a Tomás Abraham y el Rectorado de la Universidad de Buenos Aires. Las autoridades objetaron la inclusión de Nietzsche y Foucault en el programa de la materia Problemas Filosóficos del Ciclo Básico Común. Convocada una asamblea estudiantil por el docente, se decidió marchar al Rectorado, que

---

<sup>16</sup> Véase Paolo Caruso. *Conversaciones con Levi-Strauss, Foucault y Lacan*. Editorial Anagrama, Barcelona, 1969; Redacción de *Tel Quel. Teoría de conjunto*. Editorial Seix Barral, Barcelona, 1971; Raymond Bellour. *El libro de los otros*. Editorial Anagrama, Barcelona, 1973.

<sup>17</sup> Para un análisis de la progresiva separación de Foucault con el estructuralismo, véase Raúl García. *El archivo de Occidente. Recorrido por la arqueología foucaultiana*. EUDEBA, Buenos Aires, 1998.

<sup>18</sup> Oscar Terán. *Op. cit.*, página 49.

<sup>19</sup> *Ib-ídem*, página 15.

<sup>20</sup> *Idem*, página 16.

<sup>21</sup> Jorge Luis Borges. *Ficciones*. EMECE, Buenos Aires, 1990, página 99.

<sup>22</sup> Oscar Terán. *Op. cit.*, página 11.

fue ocupado por los alumnos<sup>23</sup>. Finalmente, ante la presión estudiantil, la medida fue revisada y los puntos que habían suscitado la disputa, aprobados. Pese a que las razones oficiales para excluirlo del programa de estudios se centraban en el tema de la filosofía y su relación con la pederastia, es indudable que, en medio de las proliferantes alabanzas a las conciliadoras bondades del contrato social, Foucault –al concebir el poder mediante una lógica del combate perpetuo– resonaba como una violenta nota discordante.

Por otro lado, detrás de la querrela burocrática se deja entrever una lucha provocada por el ingreso al campo de integrantes que portan como estandarte un discurso novedoso. Para los recién llegados a la academia, la disputa por la legitimidad del discurso foucaultiano, es la lucha por hacer valer en el interior del campo un capital cultural acumulado durante la época de la dictadura. Esta estrategia de posicionamiento les permitirá el acceso al rango distintivo de “especialistas”, que de otra manera les estaría seriamente vedado. Si la difusión actual de Foucault hace pensar en una victoria en toda la línea para los novatos, los hechos distaron mucho de resultar de esta manera. Mientras que disciplinas como las ciencias sociales, el análisis literario y, en menor medida, la psicología fueron sacrificadas a la peste, alrededor de la filosofía se estableció un férreo cordón sanitario para impedir la propagación de la epidemia. Como señala Esther Díaz: “[a Foucault] la academia filosófica primero lo ignoró, luego lo negó, más tarde lo criticó. Cuando no tuvo más remedio que aceptarlo por el peso propio de su pensamiento, comenzó a leerlo a través de sus comentadores anglosajones, detractores ‘naturales’ de la filosofía continental”<sup>24</sup>.

Poco tiempo después del rechazo inicial de la academia, los trabajos de Foucault comenzaron a ser utilizados de manera creciente. En la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires estuvo presente desde sus comienzos en 1988 e ingresó a través de diversas vías. Juan Carlos Portantiero fue uno de los primeros en destacar la importancia de la postura foucaultiana frente a las perspectivas marxistas. Juan Carlos Marín, Horacio González<sup>25</sup> y Juan Pegoraro se encargaron de poner de relieve distintos aspectos su obra. Susana Murillo ha publicado numerosos textos que intentan insertar a Foucault en las problemáticas sociales actuales. En *El discurso de Foucault: Estado, locura y anormalidad en la construcción del individuo moderno*, Murillo hace un análisis global de la obra del pensador destacando sus aportes a la comprensión de las formas de la subjetividad contemporánea. Tomando distancia de la puesta en cuestión de los postulados de la Ilustración, retoma ciertas formulaciones de cuño kantiano para revalorizar algunos aspectos de las instituciones de la modernidad. Por esta razón, critica a Thomas Szasz, un conocido teórico de la antipsiquiatría, quien sostiene que la hospitalización involuntaria es la violación más grave a los derechos humanos. De acuerdo a Murillo: “la internación involuntaria no es una privación de los derechos humanos, sino su sostenimiento”<sup>26</sup>. El encierro, entonces, no sería siempre un gesto mecánico de opresión, sino que en ocasiones actuaría como un modo de resguardo ante las injusticias sociales.

Apenas unos años después del rechazo inicial de la academia, los trabajos de Foucault comenzaron a ser utilizados de manera creciente. Esta situación, llevó a reflexionar sobre el problema de una extrapolación abusiva incapaz de salvar las distancias que separaban a la sociedad argentina de fin de siglo XX de unos conceptos forjados para producir el análisis de un momento histórico determinado en una geografía muy precisa. El tema, que ya había sido brevemente indagado por Marí al comentar las dificultades de subsumir el funcionamiento del poder durante el “Proceso” a los conceptos foucaultianos, es profundizado por Abraham. Frágiles, endeblés y poco arraigadas, las situación de las instituciones republicanas argentinas contrastaba a simple vista con la solidez casi imperturbable de las instituciones francesas. La diferencia era lo suficientemente

---

<sup>23</sup> Tomás Abraham. *Pensadores bajos*. Editorial Catálogos, Buenos Aires, 2000, páginas 11-12.

<sup>24</sup> Esther Díaz. *La filosofía de Michel Foucault*. Editorial Biblos, Buenos Aires, 2003, página 10.

<sup>25</sup> González dirigía por aquel entonces “Las palabras y las cosas”, el suplemento cultural del diario *Sur*.

<sup>26</sup> Susana Murillo, *El discurso de Foucault: Estado, locura y anormalidad en la construcción del individuo moderno*, Bs. As., Ediciones Univ. CBC, 1997, pág. 199.

evidente para que pudiera advertirse con sólo una hojeada a las noticias de los diarios de aquella época, que informaban que los internos del hospital Borda comían una vez a la semana. Casi dos siglos después del “milagro” de Bicêtre, Pinel –el mesías de la edad de oro del alienismo– todavía era esperado por los enfermos mentales argentinos. Al estar sumamente ligados a la descripción de una situación histórica concreta, la extrapolación de los conceptos foucaultianos acarrea el peligro de producir “una operación jibara de reducir cabezas y meter en la mentes compatriotas con inquietudes el fetiche Foucault, que sustituirá al lepidóptero Lacan”<sup>27</sup>. Para conjurar los riesgos de esta importación irresponsable, Abraham proponía no perder de vista la constitución histórica de los conceptos en su lugar de origen.

Los diferentes aspectos de la obra de Foucault fueron una presencia recurrente en los textos de Abraham. En uno de sus más extensos trabajos sobre el filósofo francés<sup>28</sup>, repasa las lecturas literarias foucaultianas como síntomas de pasaje de una episteme a otra y se ocupa de resaltar la singularidad radical del discurso foucaultiano a través de una meticulosa refutación de las críticas que se le habían realizado. De acuerdo a Abraham, se está ante un pensamiento nómada, capaz de pasar por registros diversos en su reconstrucción de las condiciones heterogéneas de emergencia de los saberes. Cronista de lo accidental, heraldo de acontecimientos indignos siquiera de ocupar los márgenes de la historia, Foucault produce una “política del extrañamiento y la singularidad”<sup>29</sup>. Esta reivindicación del carácter específico del pensamiento de Foucault, presenta no pocos desvíos respecto de la lectura canónica. El cuestionamiento de la división esquemática en una etapa arqueológica y una genealógica, es el principal punto de fuga de este tipo de lecturas. Si bien se pueden establecer diferencias, tanto estas dos etapas como las posteriores indagaciones en el problema de la ética del cuidado de sí, forman parte, según Abraham, de un mismo proyecto que a lo largo de su trayectoria modifica los focos de su énfasis. La crítica de Abraham apunta contra “una lectura recurrente de una obra cuyas variaciones se leen como una cadena en la que se llenan los huecos de atrás para adelante. La genealogía tiene lo que le falta a la arqueología, y la ética complementa lo olvidado por la genealogía”<sup>30</sup>.

Al reproducirse en los debates locales muchas de las objeciones originales tratadas por Abraham, el libro parece contestar por anticipado ciertas cuestiones que recién serán planteadas un par de años después. Uno de los puntos en que frecuentemente se basan las críticas a los postulados foucaultianos de su etapa arqueológica, es la que se refiere al “monolitismo” de la noción de episteme. Gracias a un recorte tendencioso que excluye disciplinas y autores claves, la episteme presentaría como un bloque homogéneo a una diversidad de saberes entre los que, muchas veces, existen notorias rupturas y confrontaciones. Esta concepción de la formación de los saberes revelaría una imposibilidad profunda para pensar tanto la “continuidad transepistémica como las rupturas intraepistémicas”. Al retomar estos argumentos del brasileño José Merquior, Edgardo Castro<sup>31</sup> ejemplifica con el caso de Montaigne la oposición a los modos de pensamiento mágico representados por la *divinatio*. Esto vendría a demostrar que magia y pensamiento racional no pueden ser incluidos dentro de una misma episteme en el Renacimiento. Castro concede que restringida a la gramática general y el análisis de las riquezas, la interpretación de Foucault es correcta. Pero que al expandirse hacia otras disciplinas, la lectura foucaultiana adolece de graves aporías. La generalización para ser válida, “debería estar acompañada de una teoría metodológica del trabajo histórico o arqueológico y de una elaboración filosófica de sus conceptos e instrumentos de análisis”<sup>32</sup>.

---

<sup>27</sup> Tomás Abraham. *Op. cit.* página 164.

<sup>28</sup> Tomás Abraham. *Los senderos de Foucault*. Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires, 1989.

<sup>29</sup> Tomás Abraham. *Op. cit.*, página 79.

<sup>30</sup> *Ib-ídem*, página 103.

<sup>31</sup> Edgardo Castro. *Pensar a Foucault. Interrogantes filosóficos de La arqueología del saber*. Editorial Biblos, Buenos Aires, 1995.

<sup>32</sup> *Ib-ídem*, página 86.

Abraham se había ocupado de refutar las críticas de Merquior un lustro antes de que Castro las recuperara. Lejos de los rasgos positivistas que Merquior atribuye al Renacimiento, en este período histórico magia y racionalidad forman un todo inescindible que configura una poética de la Creación: “Kepler creía que las esferas celestiales estaban guiadas por espíritus, y Leibnitz interpretaba los arcanos celestiales”<sup>33</sup>. Las dificultades para extender las formulaciones foucaultianas más allá de los discursos analizados explícitamente en sus trabajos, también son descartadas por Abraham. Simpatía, emulación, analogía y conveniencia, las figuras de la semejanza que según Castro sólo serían aplicables a los discursos con escasa solidez epistémica (precisamente aquellos privilegiados por Foucault) no son ajenas a la estructuración de una ciencia como la física copernicana, a la que se presume más rigurosa. A través de una cita de Fernand Hallyn, Abraham demuestra la pertinencia del concepto de episteme aplicado a la descripción de la teoría copernicana. Una teoría que se encontraba plagada de referencias: a la vecindad como signo de parentesco (*convenientia* que se expresa mediante la participación común en la cualidad de terrestre), a la aspiración común a lograr la forma perfecta (*aemulatio*), a la correspondencia de elementos por la forma que adquieren (analogía entre las estrellas y la gota de agua por su forma esférica) y de relaciones del orden de la simpatía por la cual “la tierra atrae el aire de su vecindad en el movimiento”<sup>34</sup>.

Otra crítica a Foucault que Abraham se encargó de anticipar fue la acusación de “irracionalismo”. En lo que puede ser considerado un índice del grado de difusión logrado por el discurso foucaultiano en la Argentina, uno de los ataques más difundidos en este sentido provino de instancias extra académicas. El encargado de llevarlo adelante fue Juan José Sebreli. En *El asedio a la modernidad*, el ensayista acomete contra quienes considera los principales referentes del posmodernismo: Levi-Strauss, Lacan, Derrida y por supuesto Foucault. Desde una perspectiva que se asume tributaria de la filosofía habermasiana, lanza sus anatemas a una lista interminable de enemigos de la modernidad. Figuran entre otros: Schopenhauer, The Beatles, Bachelard, el Che Guevara, Freud, Stalin, Dostoievski, Gramsci, Heidegger y Camus. En menor o mayor medida, los integrantes del desfile de herejes han puesto en cuestión las bondades de Occidente que lo hacen predominar sobre otro tipo de culturas y la idea de absoluto universal.

Al ocuparse de Foucault, Sebreli lo inscribe en un linaje en el que lo anteceden Toynbee y Spengler, debido a que los tres “elaboraron extravagantes filosofías de la historia de género apocalíptico destinadas a arruinar el racionalismo, la idea de unidad y universalidad del hombre”<sup>35</sup>. La arqueología foucaultiana dobla la apuesta de la antropología de Levi-Strauss a la hora de negar la idea de progreso en un tiro por elevación a la historia misma, transformada ahora en “una serie de capas sucesivas que componen el suelo de la cultura”. Debido a que “permanecen cerradas en sí mismas, constituyéndose en una verdad solitaria, sin causas ni fines, sin saber nada de su predecesor, y desinteresándose del que será su sucesor”<sup>36</sup>; las epistemes al poner en primer plano las rupturas y discontinuidades, niegan de manera absoluta la acumulación de conocimiento. El árbol genealógico del concepto de episteme, un arma clave de la artillería que Foucault dirige contra la Ilustración, tiene como antepasados ilustres a las nociones de cultura en Spengler, el paradigma de Khun y la estructura de Levi-Strauss. Es precisamente por la vía de Spengler, Nietzsche y Levi-Strauss (cuyo concepto de cultura, según Sebreli, posee innegables reminiscencias nazis) que Foucault adquiere sus rasgos de parentesco con el nacionalsocialismo alemán. La arqueología foucaultiana como método disuelve los parámetros que permiten establecer la superioridad de la modernidad respecto de épocas anteriores. De acuerdo a Sebreli, este relativismo –que impide que las culturas ajenas sean juzgadas con las normas de la propia cultura– si fuera consecuente hasta el extremo con sus principios se encontraría ante una flagrante contradicción, puesto que “también

---

<sup>33</sup> Tomás Abraham. *Los senderos de Foucault*, página 108.

<sup>34</sup> Fernand Hallyn, citado por Tomás Abraham. *Op. cit.*, página 109.

<sup>35</sup> Juan José Sebreli. *El asedio a la modernidad*. Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1991, página 28.

<sup>36</sup> *Ib-ídem*, página 83.

debería ser relativizada la valoración de las culturas ajenas, ya que esta fue una creación de la Europa de los siglos XIX y XX, no compartida por ninguna otra civilización del planeta”<sup>37</sup>.

Este tipo de objeciones hacia el pensamiento de Foucault no eran nuevos, sino que ya habían sido planteados con anterioridad por algunos intelectuales franceses, de los que Abraham se ocupó extensamente. Uno de ellos, Jacques Bouveresse, había insinuado el parentesco cercano del nazismo y los pregoneros de “un esteticismo de la creatividad para el cual la verdad es una ficción y la ley una función cínica”<sup>38</sup>. La de Foucault sería una variante literaria de la filosofía contrapuesta con la filosofía entendida como disciplina argumentativa. Frente a los discursos escépticos y relativistas que privilegian lo singular como escape del “totalitarismo de la razón”, Bouveresse intenta mantener –retomando una propuesta de Sloterdijk de cuño habermasiano– la ficción del diálogo libre basado en los valores de la verdad y la humanidad como garantía de la protección de los más desposeídos. La lectura de Bouveresse es parte de una operación que Foucault denominó “chantaje de la modernidad”, de la que también participa, salvando las lógicas distancias del caso, el texto de Sebrelli. Este chantaje se plantea a la manera de una disyuntiva simplista: “O se acepta la *Aufklärung*, y es posible permanecer en la tradición del racionalismo (...) o se critica a la *Aufklärung*, y entonces uno queda fugitivo de los principios de la racionalidad, que para algunos es bueno y para otros malo. Salir del chantaje no es instalarse en el columpio dialéctico y extraer porciones de bueno y malo para una síntesis total”<sup>39</sup>. Para Abraham, una vez descartada la salida fácil de un eclecticismo que dice tomar lo bueno allí donde lo encuentra, se impone la tarea de descentrar el eje a través del que se ha intentado comprender la cuestión de la Ilustración; hacerla saltar del eje tradicional, que privilegia el tema del conocimiento y su legitimidad, a otro cuyo núcleo es la indagación sobre el poder en la constitución de los modos históricos de los saberes.

#### IV

Dentro del marxismo argentino existieron tempranos intentos de asimilar a Foucault. Ya en su libro, *Los hechos armados*<sup>40</sup>, Juan Carlos Marín buscó en los textos foucaultianos centralizados en la temática del poder, el instrumental conceptual que le permitiera complementar a Marx. Tomando al pie de la letra la declaración de Foucault cuando decía que no era posible dedicarse a la historia sin ser marxista, Marín halla en el filósofo francés las herramientas teóricas que le permiten acceder al análisis de los cuerpos, un aspecto que al ser estos mediaciones de relaciones sociales, se revela fundamental. Esta es la dimensión en la cual el vínculo entre Marx y el discurso foucaultiano es más estrecho, puesto que sus concepciones acerca de la problemática de los cuerpos es casi idéntica. Foucault indaga sobre un proceso vital en la formación de la acumulación de capital: la necesidad de producir unos dispositivos de poder capaces de manejar gigantescos volúmenes de cuerpos<sup>41</sup>. Estos dispositivos expropian a los cuerpos de su poder material ya no mediante el uso directo de la violencia, sino a través de “mecanismos sutiles que tienen que ver con que esa fuerza de trabajo tiene que llegar en ciertas condiciones. O sea, esos cuerpos tienen que llegar disciplinados, porque sino no sirven”<sup>42</sup>. El proceso por el cual los dispositivos expropian a los cuerpos de su poder y el proceso económico de expropiación capitalista no son más que dos aspectos inescindibles de una

---

<sup>37</sup> *Idem*, página 59.

<sup>38</sup> Tomás Abraham. *Los senderos de Foucault*, página 110.

<sup>39</sup> *Ib-idem*, página 130.

<sup>40</sup> Juan Carlos Marín. *Los hechos armados*. CICSO, Buenos Aires, 1984.

<sup>41</sup> Juan Carlos Marín. *La silla en la cabeza. Una polémica acerca del poder y el saber*. Editorial Nueva América, Buenos Aires, 1987, página 34.

<sup>42</sup> *Ib-idem*, página 71.

misma cosa<sup>43</sup>. Los individuos ya no poseen el poder sino que lo expresan “a partir de las relaciones sociales de que son mediación, no en tanto su pura existencia individual”<sup>44</sup>.

Otro de los méritos de Foucault fue poner un punto final a las viciadas discusiones marxistas en torno a la noción de ideología. Preocupado por los procesos de construcción del conocimiento social, Marín comparte con Foucault el repudio a las formulaciones que consideran lo ideológico una deformación del discurso de la verdad. Aquello que pasa a primer plano es el modo histórico de constitución del discurso verdadero y sus efectos de poder. Descartada la definición a través de la que se lo catalogaba como velo distorsionante de lo verdadero, en Marín lo ideológico adquiere un nuevo sentido. Son “relaciones sociales que se establecen usando como mediación ciertas imágenes, palabras, verbalizaciones, gestos”<sup>45</sup>. Este conjunto construido históricamente por una fracción de clase tiene como función la reproducción y el reforzamiento de las relaciones sociales establecidas y la negación de otras.

Horacio Tarcus y Roy Hora son más escépticos respecto de la posibilidades de conciliar a Foucault y Marx<sup>46</sup>. La complementaridad de ambos pensamientos es puesta seriamente en duda debido esencialmente a dos obstáculos: por un lado, la tensión no resuelta en el discurso foucaultiano que considera alternativamente a Marx como un exponente más de la economía política por efecto de la episteme decimonónica, o como un integrante de una tradición crítica a la que el propio Foucault decía pertenecer; por otro lado, se encuentra el tema del peso de la determinación económica y la autonomía de las relaciones de poder. Respecto de la primera cuestión, los autores señalan que esta tensión se refleja en la diferente conceptualización que Foucault realiza sobre Marx en textos separados entre sí por un lapso muy breve. En el artículo “Nietzsche, Freud, Marx” de 1964, se sostiene que esos tres nombres habían abierto paso al pensamiento contemporáneo al desgarrar la episteme humanista de la modernidad. De acuerdo a Foucault, no son Copérnico, Darwin y Freud los protagonistas de la herida narcisista de la cultura occidental, sino Marx, Nietzsche y Freud, debido a que representan “tres momentos del descentramiento del sujeto cartesiano”<sup>47</sup>. En una lectura de este artículo, Eduardo Grüner da algunas pistas para comprender cuál es la operación común por la cual el mentado trío produce una brecha en las condiciones de emergencia de los saberes occidentales: “lo que hacen los tres (...) es intervenir sobre una construcción simbólica no para mostrar su transparencia originaria, sino al revés, para producirla como opacidad; no para descifrarla, sino al revés para otorgarle su carácter de cifra”<sup>48</sup>. Apenas dos años después de la publicación de “Nietzsche, Freud, Marx”, Foucault edita *Las palabras y las cosas*. De acuerdo a este libro, la teoría de Marx no aporta nada significativamente nuevo al discurso de la economía política. Entre las formulaciones de David Ricardo y la crítica de la economía política marxista habría, según este análisis, una continuidad en lugar de un quiebre epistemológico.

Tal como lo entienden Tarcus y Hora, esta tensión, aparecida en la etapa arqueológica, entre “la recusación del Marx historicista-humanista (...) y la recuperación para una tradición –de la que Foucault se vería como parte y consumación– del Marx de la crítica, de la negatividad”<sup>49</sup>, es reproducida en buena medida en sus trabajos centrados en la cuestión del poder. Mientras que en algunos textos el discurso foucaultiano impugna decididamente la concepción marxista del poder, acusándola de permanecer atada a una visión tradicional; en aquellos en los que sostiene la

---

<sup>43</sup> Juan Carlos Marín. *Conversaciones sobre el poder*. Instituto Gino Germani de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, 1995.

<sup>44</sup> *Ib-ídem*, página 143.

<sup>45</sup> Juan Carlos Marín. *Los hechos armados*, página 44.

<sup>46</sup> Roy Hora y Horacio Tarcus. “Introducción: Foucault y el marxismo”, en *Disparen sobre Foucault*. Ediciones El Cielo por Asalto, Buenos Aires, 1993.

<sup>47</sup> *Ib-ídem*, página 11.

<sup>48</sup> Eduardo Grüner. “Foucault: una política de la interpretación”, en *Nietzsche, Freud, Marx*, de Michel Foucault. Ediciones El Cielo por Asalto, Buenos Aires, 1995, páginas 20-21.

<sup>49</sup> Roy Hora y Horacio Tarcus. *Op. cit.*, página 13.

imposibilidad de hacer historia evitando las referencias a Marx, parece reivindicar su pertenencia al campo teórico de la preocupaciones marxistas.

El análisis foucaultiano centralizado en la problemática del poder va a convertirse en uno de los puntos álgidos en el debate acerca de la posibilidad de complementar a Marx con Foucault. Tarcus y Hora reconocen que tanto Marx como Foucault se inscriben en una misma tradición anticontractualista, pero que esta pertenencia común no basta para disimular los obstáculos que se interponen entre ambas concepciones del poder. Pese a lo que se sostiene habitualmente, el filósofo francés no desconocía el papel relevante de las relaciones de producción, pero a diferencia de lo que sucede en el marxismo “se propone impugnar que actúen sobre un sujeto preconstituido cuyo objetivo consistiría, tras correr el velo de la ideología, en recuperarse de la alienación a la que se encuentra sometido”<sup>50</sup>. Sin embargo, no aparecen en su obra precisiones acerca del tipo de vínculo que se puede establecer entre las relaciones de producción y las relaciones de poder. Por esta razón, muchas interpretaciones otorgan al poder en el discurso foucaultiano una autonomía absoluta, desligada de cualquier determinación económica.

En el momento de establecer un balance, Tarcus y Hora sostienen que esta ambivalencia de Foucault en relación al marxismo hace necesario “un intercambio polémico que tome distancia tanto del rechazo dogmático del discurso foucaultiano *in toto*, como de la aceptación complaciente de la ‘moda Foucault’”<sup>51</sup>.

## V

Cuando se menciona la difusión de su pensamiento, la palabra moda ronda recurrentemente el nombre de Michel Foucault<sup>52</sup>. Lejos de ser un inicuo sucedáneo estético de la plaga, la moda –que en el caso de su variante foucaultiana, fue detectada por los medios periodísticos hacia 1989– también conlleva sus efectos nocivos. El principal efecto es la pauperización del discurso al transformarlo en “una suerte de rumor intelectual en el que circulan palabras-clave, slogans un poco reduccionistas”<sup>53</sup>. El propio Foucault había constatado, respecto de sus trabajos, la aceleración de este proceso de transformación del discurso en un slogan. Si se habían necesitado quince años para convertir *Historia de la locura* en el slogan: “todos los locos eran confinados en el siglo dieciocho”; habían bastado apenas quince días para resumir *La voluntad de saber* en la frase: “la sexualidad nunca ha sido reprimida”<sup>54</sup>. En Argentina, para que se facilitara esta aceleración entrópica, como la define Foucault, debió producirse –además de la crisis sostenida de algunos paradigmas y metodologías como el marxismo y el estructuralismo– una crisis en torno a la valoración del régimen democrático, que pasó de panacea (“con la democracia se come, se educa, se cura”) a placebo (no resuelve por sí misma todos los problemas, pero facilita la búsqueda de soluciones). No es casual que la aceleración entrópica comience hacia 1987/88, época de aparición de la crisis.

Dentro de los usos locales que se han hecho de los conceptos de Foucault pueden hallarse algunos que contradicen los aspectos de este discurso que se han convertido casi en un sentido común en los pasillos universitarios. Un caso se puede encontrar en Alfredo Carballada cuando sostiene “en principio, desde una visión foucaultiana, las preguntas girarían alrededor de *quién tiene*

---

<sup>50</sup> *Ib-ídem*, página 19.

<sup>51</sup> *Idem*, página 23.

<sup>52</sup> Véase Oscar Terán. *Op. cit.*, pág. 11; Esther Díaz. *Op. cit.*, página 9; Gregorio Kaminsky. “Sobre este libro”, en *El yo minimalista*, de Michel Foucault, página 7; Christian Ferrer. “Prólogo” a *La vida de los hombres infames*, de Michel Foucault. Editorial Altamira, Buenos Aires, 1996, página 11; Raquel Angel. “La moda Foucault”, en suplemento “Las palabras y las cosas”, del diario *Sur*, del 12 de noviembre de 1989, páginas 22-23.

<sup>53</sup> Pierre Bourdieu. *Intelectuales, política y poder*. EUDEBA, Buenos Aires, 2003, página 201.

<sup>54</sup> Michel Foucault. *El yo minimalista y otras conversaciones*. Editorial La Marca, Buenos Aires, 1996, página 131.

el poder para impulsar la intervención”.<sup>55</sup> Como ha sido reiterado, la innovación que introduce Foucault en el análisis del poder es desplazar las cuestiones habituales (quién tiene el poder, dónde se localiza, qué es el poder) por otras enfocadas sobre sus modos de funcionamiento y sus efectos. Lo que deja en evidencia este caso es existencia de un importante relajamiento de la vigilancia epistemológica en el campo de las ciencias sociales. La labor de reestablecer la vigilancia epistemológica implica, como sostiene Bourdieu: “[que] se deben someter siempre las citas a las críticas, examinar en ellas el status, la función, la veracidad, la validez”.<sup>56</sup> El ejercicio generalizado de esta práctica sencilla y poco habitual puede ayudar a poner fin al proceso de pauperización del discurso foucaultiano, por el cual “la sustancia radical de su obra corre el riesgo de licuarse”.<sup>57</sup>

Hacia 1996, Kaminsky percibe que, al volverse demodé, Foucault podía comenzar a ser leído en condiciones que posibilitaran mejor su comprensión<sup>58</sup>. Sin embargo, el cúmulo de ediciones sobre el filósofo francés desde aquel año a la fecha, parece desmentir la optimista perspectiva de Kaminsky. Se reproduce a nivel local aquello que Bourdieu había detectado respecto de la producción “escolar” de textos subsidiarios del discurso foucaultiano. No es extraño, entonces, toparse con “libros sobre Foucault, numerosos, frecuentemente salidos de cursos y destinados a volver allí”<sup>59</sup>. Este tipo de lectura, limitada al comentario carente de un plus interpretativo, se opone a una lectura de *auctor*, que consiste en leer “para hacer algo, para hacer avanzar el conocimiento”<sup>60</sup>. El deber del *auctor* no es serle fiel a la letra foucaultiana sino a su espíritu, que no busca en otros autores saberes sino “reglas para construir su propio objeto”<sup>61</sup>.

## BIBLIOGRAFIA

- Tomás Abraham. *Los senderos de Foucault*. Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires, 1990.
- Tomás Abraham. *Pensadores bajos y otros escritos*. Editorial Catálogos, 1987.
- Tomás Abraham. “Una relación divertida con el conocimiento”, entrevista en el suplemento “Cultura y Nación” del diario *Clarín*, 9 de junio de 1994.
- Tomás Abraham (comp.). *El último Foucault*. Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 2002.
- Tomás Abraham (comp.). *Foucault y la ética*. Editorial Biblos, Buenos Aires, 1988.
- Raquel Angel. “La moda Foucault”, en el suplemento “Las palabras y las cosas” del diario *Sur*, 12 de noviembre de 1989, páginas 22-23.
- Pierre Bourdieu. *Intelectuales, política y poder*. EUDEBA, Buenos Aires, 1999.
- Pierre Bourdieu, Jean-Claude Chamboredon y Jean-Claude Passeron. *El oficio de sociólogo. Propuestas epistemológicas*. Siglo XXI Editores Argentina, Buenos Aires, 2002.
- Alfredo Carballeda. *La intervención en lo social. Inclusión e integración en los nuevos escenarios sociales*. Editorial Paidós, Buenos Aires, 2002.
- Edgardo Castro. *Pensar a Foucault. Interrogantes filosóficos de la arqueología del saber*. Editorial Biblos, Buenos Aires, 1995.
- Esther Díaz. *La filosofía de Michel Foucault*. Editorial Biblos, Buenos Aires, 1995.
- Esther Diaz. *Michel Foucault y los modos de subjetivación*. Editorial Almagesto, Buenos Aires, 1992.
- Sergio Emiliozzi y Gabriela Flaster. *Introducción al concepto de poder en Michel Foucault*. EUDEBA, Buenos Aires, 1998.

---

<sup>55</sup> Alfredo Carballeda. *La intervención en lo social. Exclusión e integración en los nuevos escenarios sociales*. Editorial Paidós, Buenos Aires, 2002, página 94. El subrayado es nuestro.

<sup>56</sup> Pierre Bourdieu. *Intelectuales, política y poder*. EUDEBA, Buenos Aires, 1999, página 198.

<sup>57</sup> Christian Ferrer. *Op. cit.*, página 11.

<sup>58</sup> Gregorio Kaminsky. *Op. cit.*, página 8.

<sup>59</sup> Pierre Bourdieu. *Op. cit.*, página 202.

<sup>60</sup> Pierre Bourdieu. *Op. cit.*, página 198.

<sup>61</sup> *Ib-idem*.

- Raúl García. *El archivo de occidente. Recorrido por la arqueología foucaultiana*. EUDEBA, Buenos Aires, 1998.
- Eduardo Grüner. “Foucault: una política de la interpretación”, introducción a *Nietzsche, Freud, Marx*, de Michel Foucault. Ediciones El Cielo por Asalto, Buenos Aires, 1995.
- Roy Hora y Horacio Tarcus. “Introducción: Foucault y el marxismo”, en *Disparen sobre Foucault*. Ediciones El Cielo por Asalto, Buenos Aires, 1993.
- Enrique Marí. *Papeles de filosofía*. Editorial Biblos, Buenos Aires, 1993.
- Enrique Marí. *La problemática del castigo*. Librería Hachette, Buenos Aires, 1983.
- Juan Carlos Marín. *Conversaciones sobre el poder*. Instituto Gino Germani, Buenos Aires, 1995.
- Juan Carlos Marín. *La silla en la cabeza. Michel Foucault en una polémica acerca del saber y el poder*. Editorial Nueva América, Buenos Aires, 1987.
- Juan Carlos Marín. *Los hechos armados. Un ejercicio posible*. CICSO, Buenos Aires, 1984.
- Cristian Miceli. *Foucault y la fenomenología. Kant, Husserl, Merleau Ponty*. Editorial Biblos, Buenos Aires, 2003.
- María Moreno. “Foucault en Villa Devoto”, en el suplemento “Las palabras y las cosas” del diario *Sur*, 22 de octubre de 1989.
- María Moreno. “Nada de reformismo: estrategias de poderes locales”, en el suplemento “Las palabras y las cosas” del diario *Sur*, 22 de octubre de 1989.
- Susana Murillo. *El discurso de Foucault: Estado, locura y anormalidad en la construcción del individuo moderno*. Ediciones CBC, Buenos Aires, 1997.
- Juan José Sebrelli. *El asedio a la modernidad. Crítica del relativismo cultural*. Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1991.
- Oscar Terán. “Presentación de Foucault”, en *El discurso del poder*, de Michel Foucault. Editorial Folios, Buenos Aires, 1984.
- Hugo Vezzetti. *La locura en la Argentina*. Editorial Paidós, Buenos Aires, 1985.
- Hugo Vezzetti. “Locura y delito. La regeneración moral de los argentinos”, en *Revista Argentina de Psicología* n° 26, Buenos Aires, 1980.
- Hugo Vezzetti. “Penalidad y moralización. Para una historia de la locura y la psicología en la Argentina”, en *Revista Argentina de Psicología* n° 30, Buenos Aires, 1981.